

La visita de un fantasma

Aquel estaba siendo el almuerzo más incómodo al que la princesa Felicia de Vestur había asistido en toda su vida. Tampoco puede decirse que ella fuera una gran experta en reuniones sociales. Después de todo, había pasado quince años recluida en un castillo encantado, bajo el cuidado de su hada madrina, y, por tanto, no había tenido muchas ocasiones de alternar con otros miembros de la realeza.

No obstante, siempre había imaginado que su relación con su futura familia política se desarrollaría de una forma muy diferente.

Los reyes de Gringalot habían recibido a la pareja con perplejidad y cierta desconfianza. Habían hecho gala en todo momento de unos modales exquisitos, pero se notaba tanta frialdad en el ambiente que Felicia no podía evitar estremecerse, como si la hubiesen alojado en una caverna muy oscura y muy profunda, y aún no terminaba de comprender por qué. Dado que nadie había tenido noticias de Cornelio de Gringalot desde que un hechizo lo había transformado en piedra cien años atrás, Felicia había supuesto que la familia del joven lo acogería con la alegría de quien recibe un regalo inesperado, pero estaba claro que había algo que se le escapaba. El rey Petronio se mostraba confuso, y su esposa, la reina Brígida, parecía una estatua de hielo. A los tres príncipes tampoco los entusiasmaba especialmente la visita.

Cornelio carraspeó.

—He notado que se han hecho reformas en la torre oeste —comentó—. El nuevo tejado cónico es muy... moderno. Y coqueto, y estilizado —añadió—. Pero, sobre todo..., moderno.

—La torre original fue destruida por un rayo hace más de sesenta años —informó el rey, aún un poco desconcertado.

—Ah..., comprendo —murmuró Cornelio—. En ese caso, es lógico...

Felicia le tomó la mano por debajo de la mesa para infundirle ánimos.

Sobrevino otro largo silencio. La princesa se estaba preguntando si sería pertinente reanudar la conversación con algún comentario acerca del tiempo cuando la reina depositó la cuchara junto al plato, alzó la cabeza y miró con fijeza a su invitado.

—Hablad de una vez —le espetó—. ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

Todos se mostraron sorprendidos ante el exabrupto, salvo el príncipe Donato, el mayor de los tres hermanos, que entornó los ojos y asintió con firmeza ante las palabras de su madre.

Cornelio le devolvió una mirada repleta de confusión.

—¿Acaso no es evidente? —respondió—. He vuelto a casa para reencontrarme con mi familia... y para presentar a mi prometida, como es costumbre.

—Habéis vuelto a casa después de cien años —puntualizó la reina—. Coincidiréis conmigo en que este ya no es exactamente el hogar que abandonasteis. Y no me refiero a la torre oeste —puntualizó, antes de que Cornelio pudiera replicar.

El joven reflexionó un momento antes de responder.

—Es cierto que todo ha cambiado mucho, y me doy cuenta de que ya nadie me esperaba, pero... aún somos familia, ¿no es cierto? Vos —añadió, dirigiéndose al rey— sois descendiente directo de mi hermana Viviana, que, según tengo entendido...

—Viviana de Gringalot fue vuestra hermana menor —interrumpió el príncipe Donato—. Vos erais, por tanto, el heredero al trono. Pero resulta... que ahora lo soy yo —soltó por fin, alzando la barbilla con gesto desafiante.

—Donato, por favor, no es el momento... —farfulló el rey, abochornado.

Felicia entendió de pronto cuál era el problema. No se le había ocurrido que la familia real de Gringalot pudiese considerar el asunto desde aquella perspectiva.

Cornelio inclinó la cabeza.

—Ya veo —murmuró.

—¿Acaso no vais a reclamar vuestro derecho a reinar después de mi padre... o incluso en su lugar? —prosiguió el príncipe Donato—. Después de todo, y aunque parezca que él os dobla la edad, en realidad vos sois cien años mayor.

Cornelio no dijo nada.

—No intentéis hacernos creer que no lo habíais pensado —acusó el príncipe.

Felicia sabía que Donato tenía razón. Durante el viaje hasta allí, su prometido no había dejado de parlotear sobre lo bien que iban a recibirlo en su reino cuando lo viesen regresar con vida, y todo lo que haría para compensar a sus súbditos por su larga ausencia en cuanto ascendiera al trono. Estaba claro que, a pesar de que él sabía que habían transcurrido cien años, en el fondo le costaba asimilarlo. Y tampoco había previsto que sus descendientes lo considerarían una amenaza a sus intereses.

—Y os presentáis aquí como si nada hubiese sucedido —continuó Donato—, y esperáis que os recibamos como si solo hubieseis estado un par de años ausente y todo siguiera tal cual lo dejasteis. Pero lo cierto es que no sois mi hermano mayor, aunque lo parezcáis, sino más bien... mi tatarabuelo, que a estas alturas debería llevar un siglo muerto.

Cornelio había ido palideciendo más y más con cada palabra de su descendiente. Pero fue lo que dijo el rey a continuación, tratando de parecer conciliador, lo que más lo impresionó:

—Tenéis que entender que, para nosotros, es como si hubiésemos recibido la visita de un fantasma.

—Pero yo... no soy un fantasma —musitó el joven—. Estoy vivo... y estoy aquí.

—Y he de añadir que Cornelio nunca ha sido particularmente inmaterial, a decir verdad —intervino Felicia, tratando de ayudar—. Por el contrario, cien años transformado en piedra lo han vuelto un tanto... rígido, podríamos decir. Definitivamente sólido —les aseguró.

Su prometido le dirigió una mirada apesadumbrada.

—Gracias, querida —murmuró, no muy convencido.

Donato volvió a tomar la palabra:

—Por otro lado, resulta muy extraño que nuestro antepasado perdi-

do haya regresado cuando ya nadie lo esperaba, ¿verdad? Por lo que sabemos, bien podría ser un impostor.

El rey se apresuró a intervenir:

—La identidad de Cornelio está fuera de toda duda. No sé si te has fijado, pero es exactamente igual al retrato suyo que conservamos en la galería norte desde hace varias generaciones.

—Ah, sí —comentó Cornelio, alicaído—. Recuerdo ese retrato. Para mí, es como si lo hubiesen pintado el año pasado.

Pero no era así, pensó Felicia. Ella había regresado a casa después de quince años bajo la tutela de su hada madrina para reencontrarse con una familia a la que no conocía, pero que sin duda la recordaba y la había añorado todos y cada uno de los días de su retiro en el castillo encantado. A Cornelio, en cambio, no le quedaba nadie. Toda la gente que había conocido, desde su propia familia hasta el pintor de la corte, había muerto mucho tiempo atrás.

Felicia sintió que se mareaba.

—Disculpadme —musitó—, necesito tomar el aire.

Se levantó de la mesa, sin preguntarse si era o no adecuado, y se apresuró fuera del comedor.